

JUSTICIA POÉTICA

Uno de los mayores borrones de la historia de España fue la expulsión de los moriscos en el año 1609. El sentimiento anti-morisco era corriente entre los cristianos de esos años. Incluso Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) formuló cargos en contra de los moriscos en algunos de sus pasajes de *Don Quijote de la Mancha* y, especialmente, en *El Coloquio de los Perros*, una obra de su temprana producción literaria. En esta obra escribe: “Su intento de acuñar y guardar dinero acuñado; y para conseguirlo, trabajan y no comen. En entretanto el real en su poder, como no sea sencillo, lo condenan a cárcel perpetua a oscuridad eterna; de modo que, ganando siempre y gastando nunca, llegan a amontonar la mayor parte del dinero que hay en España”... En la misma obra describe a los moriscos como víboras: “... considerando que España cría y tiene en su seno víboras como moriscos, hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida”.

Aunque el peligro de los ataques de los piratas berberiscos y de los turcos había amainado a raíz del triunfo de la batalla de Lepanto (1570), empresa que inició el papa Pío V, formando alianza con España y Venecia, Felipe III decidió decretar la expulsión de los moriscos, considerándolos una especie de ‘quinta columna’ que ayudaba a los enemigos de España. En el edicto de expulsión se les concedía solo tres días para abandonar sus viviendas y embarcar en los puertos asignados. En mi casa en el número 12 de la calle Orient de Alberic vivía una familia morisca en la época de la expulsión. Tenían una alfarería, en donde se dedicaban a manufacturar vasijas y platos de cerámica con dibujos azulados. Puesto que los moriscos sabían que iban a ser víctimas de los ataques de los cristianos, que les robaban todo lo que llevaban de valor en sus personas de camino a su forzado exilio, la familia alfarera escondió, en un pequeño hueco en su despensa, una orza de cerámica llena de reales de plata y escudos de oro. Todo el dinero ahorrado durante una vida de trabajo, que esperaban recobrar algún día en el que pudieran regresar a su casa en Alberic. Mi bisabuelo, Federico Masiá, encontró la orza con el escondido tesoro durante unas obras en la despensa morisca a finales del siglo XIX.

Las consecuencias de la expulsión fueron nefastas para la economía de los pueblos de las riberas del río Júcar. En Alberic los fértiles campos, cultivados por los moriscos, se convirtieron en tristes eriales. El cronista de Valencia escribió: “De reino el más florido de España, es hoy un páramo seco y deslucido por la expulsión de los moriscos”.

Han pasado más de cuatrocientos años desde los trágicos días de la diáspora morisca, días en los que tuvieron que abandonar sus casas, sus calles y sus plazas en Alberic. ¡Cuánta es mi dicha ahora al ver, en la plaza de la Constitución, por la calle Primitiva y por otros lugares de mi pueblo a familias musulmanas, con la mujeres vestidas de largo y con las cabezas cubiertas, volver a sus hogares después de recoger a sus pequeños del colegio. Desde la puerta del número 12 de la calle Orient, vislumbro, en un mundo poblado por mis sueños, un retorno al feliz periodo morisco de Alberic. ¡Qué gran justicia poética!